

que yo haga lo que no es legal, lo que ningun poder humano puede mandar; se quiere que yo falte á mi juramento, y no solamente esto sino que enseñe en adelante en mis lecciones sobre el Estado y la constitucion la doctrina del perjurio; que cargue con el desprecio y la befa de mis oyentes y que me exponga á que el señor de Scheele me forme una causa como apóstol del perjurio. No; el poeta dice: «En este mundo no hay nadie tan elevado que á su lado tenga yo que despreciarme á mí mismo,» y estas palabras han de ser verdad en todas partes donde exista moralidad. Ninguna revolucion puedo excitar, y si pudiese no lo haria, pero puedo dar testimonio de la verdad y del derecho contra un sistema de mentira y de arbitrariedad, y lo hago.»



Jacobo Grimm

(litografía de Werner y dibujo original de Burggraf)

El hombre que así escribió y procedió había ocupado un cargo que exigía las dotes de catedrático, de investigador científico y de estadista; pero los hermanos Grimm no tenían ninguno de estos motivos para protestar contra la voluntad del soberano, por cuya razon es mas conmovedora su conducta en este asunto, y el escrito que Jacobo Grimm publicó en enero de 1838 en Basilea es otra joya de la literatura alemana. Está redactado en un tono que sin quererlo predispona el alma á meditaciones piadosas. Parece un monólogo del sentimiento de justicia ultrajado; es el grito involuntario de la conciencia violentada. No escribió Grimm para adquirir fama de mártir ni de héroe con el sacrificio que acababa de hacer; escribió para defenderse contra la vil calumnia, que quiso atribuir su nobilísimo civismo á móviles rastroseros. «Mi buena fama,—dice,—por insignificante que parezca, es para mí el fruto de toda mi vida y la quiero conservar sin tacha. La verdad es lo único perdurable, y hasta los malvados y débiles que no la proclaman en alta voz, sienten su fuerza en su interior. El mundo está lleno de hombres que creen y recomiendan lo que es justo, pero cuando se presenta la ocasion de obrar, dudan y se retiran pusilánimes y cobardes. Su duda es como la yerba que crece entre el empedrado y que arrancada vuelve á brotar y pronto cubre de nuevo el piso.» Los dos hermanos Grimm jamás habían tenido opinion política y cuanto se rozaba con partidos políticos les repugnaba

en gran manera. «Jamás he querido encerrar mi amor patrio —dice Jacobo Grimm,—en el estrecho molde de la opinion de ningun partido militante, pero he visto petrificarse en estos moldes corazones sensibles. La persona que no ostenta ciertos colores que á los políticos miopes place adoptar, y el hombre que no mira la sociedad como un tablero de ajedrez en que cada individuo ha de ser ó blanco ó negro, son mas odiados que los mismos contrarios, que solo piensan en ponerse la librea del color correspondiente para gustar al partido que ha tomado este color por distintivo, sin que nada signifiquen para ellos los dones con que Dios ha dotado á las almas.»

Después de esto pasa á referir Jacobo Grimm que desde su juventud ha sido su afán estudiar el idioma y el alma del pueblo alemán, sus impulsos é ideas de derecho y su vida íntima, y dice que á consecuencia de estas contemplaciones y meditaciones encontró y amó su patria cuando ésta estaba envilecida y aherrrojada por el extranjero; que en secreto se irguió, pensando en los tiempos antiguos del pueblo alemán, «cuando había casi desaparecido toda esperanza y no se veía ya brillar estrella ninguna en el cielo de Alemania;» y que después, cuando roto el yugo extranjero se recobró la independencia, tuvo la alegría y noble satisfacción de ver que sus trabajos y los de su hermano eran elevados á la categoría de ciencia nacional, ciencia que entusiasmó á toda la juventud, ciencia de la antigüedad alemana, de su idioma, su poesía, su derecho y su historia. Se despertó la afición á buscar é investigar los monumentos olvidados y enterrados de la literatura antigua alemana, afición semejante al afán y entusiasmo que Petrarca había comunicado á los italianos del siglo XIV para buscar y dar á luz los manuscritos de los antiguos romanos. Pero también el espíritu de partido invadió este terreno, y entonces los dos hermanos defendieron su santuario contra semejante profanación; y Jacobo Grimm dice á los liberales que desprecian la Edad media, maldiciendo su barbarie y su feudalismo, y á los serviles, que ostentan gran deseo de que vuelvan aquellos tiempos: «He bebido con júbilo en sus tranquilas fuentes, que no me parecieron pantanos; me esforcé por penetrar en las ásperas selvas de nuestros antepasados, escuchando los acentos de su noble idioma y sus leyendas puras. No quedaron ocultas para mí ni la libertad antigua de los pueblos, ni su creencia natural y sencilla antes que conocieran las bendiciones del cristianismo. De estas cosas supisteis en general poco, y por eso sacásteis de mis libros armas ya para denigrar, ya para elogiar el tiempo presente en comparacion con el pasado, segun convenia á vuestro objeto. Los literatos que se dedican á cultivar un campo abandonado suelen mirarlo con predilección, y yo espero que aquellos que conocen bien mis trabajos no podrán acusarme de haber menospreciado el gran derecho que corresponde á nuestro tiempo de juzgar nuestro idioma, nuestra poesía, nuestros derechos é instituciones, porque si en algo éramos mejores antes de ahora, hoy debemos ser tales como somos.» El escrito de Grimm concluye así: «Véanse ahora expuestos á los ojos de todo el mundo mis ideas, mis propósitos y mis actos. No me cuido de si el haberlos manifestado me ha de perjudicar ó serme útil; si este escrito llega á manos de una generacion venidera, ella podrá leer en mi corazón, que habrá cesado de latir. Mientras viva, estaré satisfecho de mi trabajo y me consuela la idea de que lo que de mis trabajos quede después de mí, ganará en lugar de perder.»

Los hermanos Grimm imprimieron á la ciencia que dieron al pueblo alemán el noble sello de su patriotismo, y el pueblo alemán podía mirar tranquilo el porvenir cuando la ciencia alemana le suministraba tales campeones en su lucha por el derecho.

## CAPITULO III

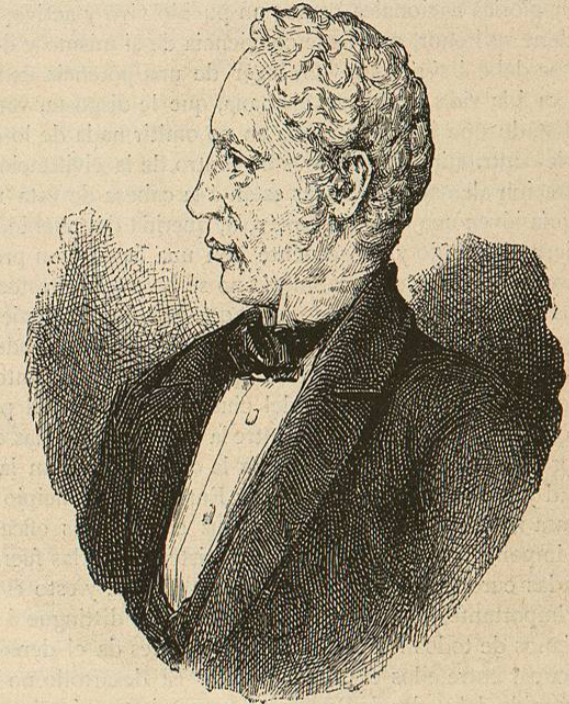
LA NUEVA PRUSIA Y LA LUCHA DE SU CLASE MEDIA  
POR SU DERECHO

El gobierno de Prusia desde el Congreso de Viena se había dedicado exclusivamente á la organizacion interior de la monarquía, sin dar libertad á la prensa ni constitucion ni representacion nacional á sus súbditos. La parte que tomó en la reaccion impuesta por la confederacion y en la persecucion de los directores de gimnasios y demagogos le había enajenado la simpatía de los pueblos, y su política aduanera desde 1818 le había atraído la enemistad de pueblos y gobiernos. Había hecho el convenio con Hesse-Darmstadt, pero ningun otro Estado alemán había imitado el ejemplo del gran ducado y la estrella de la Prusia continuaba oscurecida cuando la descubrió en toda su magnitud en el año 1831 un publicista wurtembergués, Pablo Pfizer, que la dió á conocer al pueblo alemán en un escrito titulado: «Correspondencia de dos alemanes.» En él se recomendó la agregacion á la Prusia como única esperanza que quedaba á la nacionalidad de los alemanes, y se decía que el ensueño de una patria alemana se podía trocar en realidad teniendo fe en la Prusia.

Pfizer pintó en su escrito en términos irresistibles el deseo de los alemanes de tener una patria comun, en lugar de ser súbditos de una multitud de Estados grandes y pequeños, que aislaban las inteligencias alemanas entre sí y del mundo entero. «Si seguimos por este camino estamos perdidos,—decía el escrito;—el alemán es extranjero en su propio país; no vive, hablando de los buenos, en la vida del mundo sino fuera de esta vida; no tiene mas mundo en que participar que el que está en su interior; su existencia es enteramente artificial. Nuestros esfuerzos continuos, sin objeto ni sustancia, nos han dejado extenuados y consumen todavía dia por dia nuestras fuerzas mas preciosas. El espíritu alemán con su vuelo exagerado, con ideas que no se aplican á nada, con su sentimentalismo refinado que no tiene origen fijo, se halla en una esfera tan sublime que toda nueva conquista le aleja mas de lo existente y le empobrece, porque aumenta la distancia que le separa de la realidad. Todo cuanto ofrecen el arte, la poesía, la religion y la ciencia, se ha empleado para llenar el vacío que nos deja la falta de la vida pública, de un interés práctico, grande y palpable, de una idea patriótica que ocupe las facultades todas del alma; pero nada ha podido llenar este vacío. Hemos estudiado todas las literaturas del mundo; hemos investigado todos los tiempos, hasta los prehistóricos y los preadamíticos; hemos construido y reconstruido el universo con la filosofía de las ciencias naturales; nos hemos creado con el arte y la poesía un mundo ideal á falta del real; nos hemos embriagado en las esferas místicas, y como Empedocles en el Etna, nos hemos hundido en la sima sin fondo de lo absoluto. A todos estos esfuerzos ha faltado un centro comun, y esto explica, en medio de tanta riqueza, nuestro descontento y nuestra impotencia intelectual presente; pues ni en la poesía, en la cual creemos ser los fuertes, sabemos producir un acorde conmovedor y vivo, y á pesar de la gran necesidad que tenemos, segun los enemigos (no puedo llamarlos adversarios) de Goethe, de una poesía ético-popular nueva, nada se ha publicado que llenara ni remotamente este vacío. Si algo práctico se hace, se debe á los que mas se empeñan en empequeñecer á nuestro gran poeta, á quien no obstante imitan en la parte teórica.»

«La salvacion, sin embargo, no debe buscarse en el campo del romanticismo, ni hay que pensar en volver al sacro im-

perio romano-germánico con sus emperadores alemanes, porque aunque esto fuese posible, no nos salvaria.» «De lejanos siglos,—dice Pfizer,—de los tiempos de los emperadores sajones, francos y suabos oímos todavía ecos y vemos algun resplandor al través de la neblina de las leyendas que embriagan los corazones alemanes, los cuales sienten abandonar los ensueños de pasadas glorias. No está muy lejos todavía el tiempo en que muchos creyeron posible la resurreccion del sacro imperio romano-germánico, y hasta hubo quizás quien esperó ver esta resurreccion y al heredero del trono imperial; pero la realidad, que no se modifica ni por ensueños vanos ni por lamentos estériles, persiste en su derecho y no se cansa de predicarnos que no estamos destinados á



Pablo Pfizer

alimentarnos de recuerdos, que para gozar debemos luchar y adquirir, y que en lugar de descansar sobre los hombros de nuestros antepasados, debemos ponernos sobre nuestros propios pies. No debemos consumirnos en deseos lánguidos y afeminados, ni pedir flores al invierno ni frutas al árbol seco. Así como no resucitan los muertos en este mundo, tampoco resucitará el Austria de otros tiempos en que heredó las glorias y magnificencias de Alemania, ni volverá á ser para este país lo que antes fué.»

Pfizer niega en su obra á la cabeza de la confederacion el derecho de dirigir á la nacion alemana, porque dice que esta potencia, que condenó á la Alemania á una guerra religiosa de treinta años, ha roto para siempre con la vida intelectual y con la conciencia del pueblo alemán. «Además se ha salido fuera de Alemania con sus adquisiciones territoriales, ha trocado su nombre alemán por otro europeo y está separada poco menos que hostilmente de todo lo que constituye hoy nuestro capital nacional: nuestra vida intelectual, nuestra literatura y nuestras universidades.» Si Austria anhela nuevas fuentes de gloria y de grandezas, las ha de buscar en su nueva posicion de potencia europea y en armonía con las necesidades de sus dominios no alemanes, «pues nada tienen que esperar ya ni Austria de Alemania ni la Alemania de Austria.»

«Muy distinto y hasta enteramente opuesto al desenvolvimiento del Austria ha sido el de Prusia. Los sucesos que han